

***Literatura contra desarraigo.* Xosé A. Perozo Ruiz.**

Escritor.

Resumen:

Las reflexiones contenidas en *Literatura contra desarraigo* son una clara interpretación propia realizadas por Xosé A. Perozo. Nacidas del ejercicio literario constante y productivo nos acerca a conceptos actuales como el nacionalismo o la España de las Autonomías. Desde la lejanía, asistimos a la recuperación de la memoria social extremeña, que se trasluce en las novelas del autor son expuestas de manera biográfica en este artículo metaliterario, donde se detiene en la saga de Los Lancharro, o el personaje de Cerrato, ambientadas en la zona geográfica de la Campiña Sur de la Guerra Civil y posguerra.

Palabras claves: metaliteratura, novela social, literatura extremeña.

Extremadura es una tierra acostumbrada a despoblarse. A lo largo de la historia nuestra comunidad ha sido camino de paso, cruce de culturas, territorio de disputas y, desde la creación de la ley de provincias de 1882, es una comunidad que ha tratado de asentar una identidad propia en el concierto de las diferentes identidades que conforman el Estado español. Pero, sobre todo, es una tierra de gente ecléctica, creativa y trabajadora que se ha visto obligada a emigrar a lo largo de la historia. Hemos dado desde emperadores a Roma a políticos importantes a España e Hispanoamérica. Hemos exportado desde conquistadores para América y Europa a anónimos emigrantes que han hecho fortuna sin retorno o han soportado miserias por medio mundo. Y hemos producido intelectuales capaces de dejar escrito su nombre en otras culturas, en otras latitudes, sin que, la mayoría de las veces, esas capacidades hayan redundado en beneficio de esta tierra de origen. De esta Extremadura.

No es cosa de calibrar aquí lo que pudo representar el más famoso de los éxodos, el del Nuevo Mundo, para una comunidad que acababa de nacer a la Historia Moderna pero, contra lo que se ha escrito a lo largo del tiempo, los logros de los extremeños allá apenas si redundaron en beneficios sociales para quienes quedaron aquí y, por tanto, para el progreso de su tierra de origen. Sí he pensado reiteradamente lo que ha supuesto para Extremadura la despoblación moderna acaecida entre las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX, tan atroz como aquella del pasado. Media población tuvimos que emigrar como consecuencia de la falta de horizontes de formación y/o laborales. La riqueza estaba en manos de unos pocos con ninguna predisposición a compartirla ni a generar otra que no fuera para ellos mismos, bajo el amparo de la dictadura franquista. Nuestros cortijos, aldeas y pueblos cerraron sus puertas y se echaron a dormir en brazos del abandono mientras la mano de obra y los talentos se iban. Afortunadamente con la España de las Autonomías vino la resurrección, la reconstrucción y el progreso que ahora podemos ver y disfrutar. Sin embargo, para muchos de nosotros, de los emigrantes, el retorno ha sido imposible. Hemos repetido la tozudez del destino.

Porque me ha correspondido vivirlo, he reflexionado lo necesario sobre estas circunstancias y, como mi oficio es el de pensar y escribir, he tratado de reflejarlo en algunos de mis libros. Debo decir que para mí no ha supuesto ningún trauma ni ninguna desdicha el alejamiento, no desvinculación, de la tierra de origen. En ese sentido he sido afortunado, pero debo reconocer que he conocido a muchos otros en el camino a los que el desarraigo les ha dejado marcados para siempre. Unos por la nostalgia hacia el retorno imposible y otros por una especie de rencor enconado contra la realidad que les apartaba del terruño. Y por tanto, también me ha preocupado cuánto hemos dejado de hacer en beneficio de nuestra tierra, cuánto esfuerzo le hemos dado a otras comunidades e, incluso, a otras culturas, como es mi caso.

Es probable que el oficio de escribir me haya salvado. Mi primera novela fue un texto muy extremeño, apenas llevaba fuera de Extremadura un par de años y no

podía ser de otro modo. La titulé *Casta de galgos*, fue finalista en el premio *Felipe Trigo* y, afortunadamente, perdió por tres votos contra dos. Digo que fue una fortuna porque de otro modo es probable que la hubiera publicado y hoy estaría arrepentido puesto que ese texto, entre otros grandes fallos, era una mirada sobre Extremadura que anunciaba el desarraigo del autor que me proponía ser. Sin embargo, transcurrido algún tiempo y el ejercicio de escribirla, me sirvió para mirar hacia atrás con una perspectiva diferente a la de cualquier emigrante nostálgico o resentido, fue esencial en mi reflexión sobre el desarraigo, que tanto me ha preocupado a la hora de enfrentarme a temas relacionados con Extremadura.

Después de varios libros en gallego apareció un tercero que contenía dos novelas cortas y tres cuentos eróticos. Se llama *Misterios gozosos* (Editorial ICARIA, Barcelona, 1991). Menos una, que puede ser universal, las otras cuatro narraciones tienen un deje extremeño inconfundible. Son hijas de la literatura oral absorbida en mi infancia y juventud llerenense, en mi entorno cultural y familiar –mi padre y mi abuelo han sido dos narradores extraordinarios-. Los personajes de ese libro son tipos extremeños, refleja sus costumbres, ambientes... todo huele a la piel de Llerena. No obstante, la primera novela real en la que enfoco una visión puramente extremeña es *La furia del carnero* (Ronsel Editorial, Barcelona, 1994), posteriormente reeditada como *La tragedia de Puerto Hurraco* (Booket-Planeta, Barcelona, 2004). Frente a aquella terrible tragedia tuve la suerte de encontrar elementos mágicos que me permitieron recrear unos mundos -que nada tenían que ver con la denostada España profunda de la que hablaban las crónicas periodísticas-, capaces de transmitir comprensión y amor por la tierra y sus gentes. Quise reconstruir el drama de Izquierdos y Cabanillas con los mismos elementos de una tragedia griega intentando demostrar que hay condiciones humanas, movidas por el destino, que superan cualquier límite geográfico para universalizarse. Enfrentarme a aquel suceso fue para mí un acto de arraigo con mis orígenes y escribir la novela un ejercicio de comprensión desde una mirada externa. La novela fue muy bien comprendida por la crítica nacional mientras que en Extremadura tuvo escaso eco e, incluso, no fue bien entendida por algunos sectores, especialmente los políticos.

El año 1998 celebramos el IV centenario del nacimiento de Francisco de Zurbarán. En ese camino de intento de conexión con Extremadura, en colaboración con la compañía llerenense *Teatro de papel* abordé una empresa literaria realmente interesante, subir a los escenarios la vida del pintor de Fuente de Cantos, tan vinculado a Llerena. Escribí la obra *Tal vez, Francisco de Zurbarán* (publicada por la Junta de Extremadura en edición no venal) y con ella tuve el placer de navegar por el siglo XVII y dialogar con tipos populares y personajes reales de aquel tiempo. Con ellos aprendí a valorar una parte muy importante de nuestra historia, a conocer sus virtudes y pecados, sus glorias y miserias. Escapé de la pura recreación historicista para ensayar una propuesta moderna y dinámica apoyada en las nuevas tecnologías de la imagen. La labor de la compañía teatral fue realmente espectacular a la hora de abordar la puesta en escena. Las representaciones, que se llevaron a cabo en diversos puntos de

Extremadura y Galicia, resultaron un éxito. En Zurbarán traté de personificar el drama del talento que debe buscar otros horizontes ajenos, Sevilla y Madrid, para desarrollar su capacidad artística. No sé si fui infiel a su realidad histórica, ni me importa, pero mi pintor, desdoblado en dos personajes, puso sobre la actualidad de la celebración de su IV centenario la evidencia de que aquel pasado, que algunos tildan de glorioso, tuvo muchas sombras aún no iluminadas.

Alrededor del 2000 abordé un proyecto que hacía tiempo rondaba mi cabeza. Quería contar la vida del siglo XX desde la perspectiva de un emigrante extremeño. De esa intención surgió *Rosas para Gabriela* (De la luna libros, Mérida, 2003). Es casi una novela de memorias, la historia de una saga, los Lancharro, a los que el posparto y la enfermedad de la abuela Gabriela, a principios de siglo, empuja a vivir una serie de peripecias que concluyen con la emigración a Madrid y la forja de una cómoda fortuna como pequeños empresarios en la capital del reino. La fábula concluye con el mayor de los bienes que el narrador puede pedirle al destino, que su hija, también Gabriela, sea la primera Lancharro que pisa las aulas de una Universidad, algo que sin la emigración habría sido una utopía para aquellos pequeños labradores que vivían pegados a la tierra desde el principio de los tiempos. Esta mirada sobre nuestra historia reciente está plagada de sentimientos encontrados, de personajes reales, de circunstancias verídicas, de personas a las que sólo les está permitida la perspectiva del pasado para mirar a su tierra de origen.

La buena acogida de *Rosas para Gabriela*, unida a la satisfacción de haber encontrado unos editores esforzados y emprendedores en Ana Crespo y Marino González Montero, me animó a continuar ahondando en mis visiones y reflexiones extremeñas. De ese empeño nació *5 de agosto de 1936* (De la luna libros, Mérida, 2005). En esta novela Anselmo Cerrato, un supuesto exiliado llerenense del 36, regresa a Llerena en plena transición, bajo la sombra del 23-F acompañado de su nieto Daniel, víctima de la represión de Pinochet. Cerrato tiene tres objetivos. Uno, encontrar la tumba de sus padres, muertos el trágico 5 de agosto del 36 cuando el ejército sublevado entró en la ciudad. Dos, recuperar sus diarios, que dejó ocultos antes de huir. Y tres, obtener noticias de su antigua novia, que consideró muerta al no obtener respuesta a su carta enviada desde México.

Cerrato es un exiliado/emigrante triunfador cuya historia me dio pie para reconstruir la represión franquista en el sur extremeño, la tragedia de toda dictadura actualizándola en paralelo con la de Pinochet en Chile y narrar una gran historia de amor. Amor a la verdad y a la memoria histórica, que poco a poco se va recuperando. Amor a la justicia sin rencores ni venganzas. Y amor a una mujer ausente idealizada por el paso del tiempo. Pero, sobre todo, es para mí la epopeya de la reconciliación desde el conocimiento de los hechos. Quizás por todo ello mi personaje central no es ni un nostálgico ni un desarraigado, es un hombre pragmático, emprendedor, noble e inteligente, como tantos extremeños de la diáspora.

Hasta ahora, este es mi recorrido por la que yo denomino literatura propia contra el desarraigo. Todo escritor tiene sus demonios particulares y éste es uno que me ha acompañado por muchos caminos. Además, vivir en Galicia, otra tierra de emigrantes, y vincularme a su cultura me ha sensibilizado en este sentido, me ha obligado a reflexionar sobre la fuerza de la tierra de origen en el pensamiento y el comportamiento de la gente, víctimas o no del desarraigo. La experiencia ha valido la pena, por ello confío en que la lectura de estos libros contribuya a cambiar esa tozuda realidad que durante siglos ha venido despoblando Extremadura de buena parte de lo bueno que en ella nace.